

**LA¹S COOPERATIVAS DE REPRODUCCION
COMO ESTRATEGIAS DE TRANSICION
EN AREAS DE PRODUCTIVIDAD
VINICOLA MEDIA**

Dolores JULIANO
Universidad de Barcelona

Introducción

Si queremos analizar las condiciones de reproducción o no reproducción de los grupos domésticos en condiciones de transición social, nos encontramos con una gran cantidad de situaciones en las cuales y de manera contradictoria el paso a nuevas formas de organización es el requisito de permanencia de las antiguas.

En esta dinámica permanencia-cambio la unidad de explotación, que debe separarse conceptualmente del grupo doméstico como tal, puede reorganizarse derivando algunas de sus funciones a instancias sociales intermedias que asumen parte de la organización y los riesgos económicos, permitiendo que los otros aspectos de la actividad económica del grupo permanezcan inalterados y que el grupo doméstico mismo pueda mantener su estructura organizativa y caudal demográfico.

Sin embargo ningún cambio introducido en un sistema afecta sólo a la parte alterada, sino que desencadena una serie de ajustes en cadena. En los casos que analizaremos a continuación veremos cómo derivar la elaboración y comercialización del vino (producto básico de explotación de las áreas estudiadas) de la esfera familiar a organizaciones cooperativas implicaba ajustes ideológicos y una redefinición de los sectores sociales en oposición.

En este contexto lo que podría parecer una simple táctica de adaptación de los grupos domésticos a nuevas y más difíciles condiciones económicas se reviste, desde un punto de vista «emic», de significados fuertemente clasistas que hacen que la opción organizativa tome la forma de un enfrentamiento político e ideológico entre sectores sociales opuestos. Pero este radicalismo teórico y explícito no pasa del ámbito social al familiar, donde la autoexplotación y la conservación de las pautas tradicionales de organización del trabajo y de transmisión de los recursos constituyen el otro punto de apoyo que permite funcionar al sistema. Así las formas de organización e ideologías modernas e incluso revolucionarias explícitas a nivel de la comunidad, se imbrican y complementan con formas de organización e ideologías tradicionales (implícitas) en el seno de cada grupo doméstico.

Este fenómeno no fue general sino el resultado específico de un conjunto de factores históricos, económicos, sociales e incluso ecológicos, que durante el siglo pasado modelaron las áreas rurales catalanas dedicadas al cultivo de la vid y permitieron o posibilitaron el desarrollo de tácticas de supervivencia diferentes y que, en consecuencia, aceleraron o lentificaron en el ámbito local la dinámica global de transición de las economías de subsistencia a la explotación capitalista.

Las distintas zonas de cultivo de la vid

Las áreas rurales catalanas cuyas condiciones geográficas permitieron una especialización en el cultivo de vides, se incorporaron a la economía de mercado fundamentalmente a partir de la puesta en práctica del decreto del 12 de octubre de 1778, que autorizaba a trece puertos españoles –entre los que se encontraban Barcelona y Els Alfacs– a comerciar con veinte puertos americanos, es decir, con la mayoría de las colonias de ultramar. Este acontecimiento brindó una posibilidad mucho mayor de la existente hasta entonces de comercializar los productos y dió, por consiguiente, un fuerte impulso a la especialización de los cultivos y a su elaboración, aunque de hecho no generó nuevas actividades en las áreas rurales, sino que contribuyó a desarrollar las ya existentes.

Las leyes de desamortización de Mendizábal y de Madoz (1855) posibilitaron, como señala Herr, que se concentrara la propiedad en cada región en proporción al grado de estratificación económica ya existente lo que si bien no produjo grandes modificaciones en el sistema de explotación en cambio modificó la estructura jurídica de la propiedad, creando importantes sectores de pequeños y medianos propietarios donde anteriormente habían existido aparceros y medianeros. Estos cambios fueron especialmente significativos en las áreas que habían sido propiedad de órdenes religiosas, e implicaron una inversión económica proporcionalmente mayor de los campesinos en las últimas décadas del siglo cuando la burguesía tenía oportunidades más rentables en la industria. (Ver Moro, 1983).

La otra fecha clave en el proceso de expansión, transformación y retracción de la producción vinícola es la de la filoxera, que a fines del siglo pasado terminó con las cepas existentes y obligó a su reemplazo. Esto produjo una subida del precio del vino en el primer momento, y un alza del gasto del cultivo en el segundo, que obligó a reestructurar la producción.

Analizaremos en estas páginas, qué forma tomó la transición a formas capitalistas de producción en áreas anteriormente dedicadas mayoritariamente a cultivos de subsistencia, a través de una aproximación a tres tipos de situaciones:

a) Áreas con escasas posibilidades de desarrollo de viñedos por los efectos limitantes de las condiciones del suelo (muy montañoso, poca agua, etc.). En estos casos el impulso hacia el monocultivo se manifestó sólo durante un breve lapso temporal, relacionado con una fuerte demanda externa (mediados del siglo pasado hasta la llegada de la filoxera). Después de la plaga, la necesidad de invertir dinero para poner nuevamente en marcha las explotaciones actuó como elemento disuasor, y la economía mostró tendencia a diversificarse. Las familias campesinas predominantemente minifundistas se integraron al sistema capitalista como proveedoras de mano de obra barata para la industria. Los cultivos se mantuvieron como actividad de autosubsistencia, que posibilitaba ofrecer mano de obra por debajo de su costo de reproducción. En estas áreas con frecuencia hubo una fuerte concentración de la propiedad de la tierra en

manos de propietarios absentistas, que invirtieron sus capitales en la industria. Ej.: Sant Feliu de Codines.

b) Zonas apropiadas para el cultivo de la vid, pero con poca productividad por unidad de terreno. Aquí el paso a formas capitalistas de producción se dio ligado a una estrategia tendente a mantener la familia como unidad básica productiva (cultivo y recolección) y adecuar a las necesidades del mercado la etapa de transformación y comercialización del producto. Esta elaboración del vino tecnificada se organizó en cooperativas que tomaron dos formas: cooperativas de "pobres" con votos por socios y amplia provisión de servicios sociales y cooperativas de "ricos" con representación proporcional al número de acciones que se poseían y menor interés por los aspectos no directamente económicos de su actividad. Ejemplo del primer caso es Barberà de la Conca y del segundo Esplugu de Francolí.

c) Zonas apropiadas para el cultivo de la vid, con pluviosidad suficiente para asegurar un alto rendimiento por unidad de terrero. En este caso el paso de la explotación de subsistencia a la forma capitalista de cultivo se hizo directamente mediante la transformación del propietario de la tierra en empresario que produce con personal asalariado, y transforma las mercaderías en términos de una racionalidad puramente económica. Ej.: Sant Sadurní d'Anoia.

Cada una de estas situaciones ha presentado límites propios y posibilidades de transición específicas a una economía capitalista. Entre ellas el fenómeno más interesante es el caso «b», en que el paso de una situación de subsunción formal a una subsunción real toma la forma de reorganización cooperativa de una fase de la producción, a la vez que se refuerzan los mecanismos de auto-explotación familiar en las tareas de cultivo de las tierras.

Analizaremos entonces, con cierto detalle, como se ha dado este proceso en Barberà de la Conca, lugar en que se organizó la primera Cooperativa de producción vinícola de Catalunya a fines del siglo pasado, pues su evolución es en cierta manera representativa de un área mayor y presenta semejanzas con las otras zonas de cooperativas. Recordemos al respecto que esta forma de organización es hasta la fecha la predominante en la «Catalunya Nova».

Para Barberà la transición ha tenido los siguientes períodos significativos:

1. Producción de autosubsistencia.
2. Especialización en el cultivo de la vid.
 - 2.1. Especialización sin mecanización.
 - 1.1. Producción de aguardiente.
 - 1.2. Producción individual de vino.
 - 1.3. Producción cooperativa de vino.
 - 2.2. Especialización con mecanización.
 - 2.1. Período de explotación familiar.
 - 2.2. Explotación en régimen de empresa (no se ha dado más que en forma incipiente)

Cada una de estas etapas y períodos tienen sus propios mecanismos para integrar mano de obra, imponen límites precisos a las posibilidades de autorreproducción de los grupos familiares, e implican en conjunto una secuencia, que va desde un modo de producción pre-capitalista, hasta un capitalismo total, por transiciones graduales.

1.ª etapa - Producción de autosubsistencia

Este período va desde la organización feudal tradicional hasta fines del siglo XVIII, coincidiendo en sus últimas etapas con el deterioro creciente de la orden monástico-militar del Gran Priorato de San Juan de Jerusalén que detentaba la propiedad eminente de la tierra.

Los cultivos principales eran los que constituyen la trilogía mediterránea: trigo, vid y olivares; acompañados por la cría de cerdos y gallinas. Estos son, al menos, los únicos productos a los que se hace referencia en los testamentos. Los campesinos debían abonar censos y otras cargas por sus derechos de cultivo y tenían prohibido diversificar sus actividades, aunque durante la última mitad del siglo, la progresiva debilidad organizativa de la orden permitió a algunas familias asumir tareas especializadas que les hicieron posible cierta acumulación de recursos. Así ya en el censo de 1758 se consigna una familia que posee molino de aceite en su casa y otra que tiene «facina de aguardiente». Existía también un concesionario del molino de trigo y cierta especialización artesanal: «maestro de casas», carpintero y herrero.

Esto se confirma en el Censo de Floridablanca (1787) que nos da la siguiente distribución laboral:

Labradores	127
Jornaleros	10
Artesanos	6
Criados	8
Curas	2

Queda en el censo sin especificar el oficio de medio centenar de varones adultos (¿quizá fueran «mitgers» o «rabassaires» o familiares del «hereu» que colaboraban en la explotación familiar?).

Como actividades secundarias se mencionan en otras fuentes de la época (actas notariales y registros parroquiales) la existencia de hiladores de estopa y lino, y la de pastores. Por su parte las mujeres emigraban para servir de criadas o tomaban parte en las tareas del campo, complementando con cierta frecuencia su economía familiar con los ingresos que obtenían tomando niños para criar (esta última actividad subsistió hasta principios de este siglo).

Había escasa comercialización de excedentes, lo que se hace evidente en la pobreza general de que dan cuenta los documentos, y escasa capacidad adquisitiva (así con frecuencia la ropa usada es objeto de cuidadosa

donación testamentaria). El trabajo se realizaba con mano de obra predominantemente familiar, con todas las características de autoexplotación propias de este modo de organización.

Las escasas posibilidades de ampliar esta economía de subsistencia limitaban las posibilidades de expansión demográfica, produciendo una estabilización del número de habitantes por expulsión de la mano de obra sobrante de cada unidad familiar, a partir del mecanismo institucionalizado de la herencia indivisa. De esta manera, a partir de una cantidad más o menos estable de unidades familiares, se producía un ajuste demográfico permanente, redimensionando las unidades de producción de acuerdo a las necesidades económicas.

2.ª etapa - Paso a la especialización vitivinícola. El aguardiente

En el último cuarto del siglo XVIII, y coincidiendo con la citada apertura al comercio de América, se inició la especialización productiva, al mismo tiempo que subía considerablemente el nivel económico de la población.

A falta de registros específicamente económicos, hay dos indicadores indirectos que nos permiten datar estos procesos. Con respecto al paso al monocultivo (o al menos al claro predominio de la vid) podemos señalar la acumulación progresiva de los matrimonios en el otoño, documentada en los registros parroquiales. Dado que en las décadas anteriores, los matrimonios se distribuían en forma más o menos pareja a lo largo de todo el año, esto hace pensar que la vendimia pasó a tener una importancia económica mayor que la que había tenido a lo largo del siglo, y que centralizaba los esfuerzos y las posibilidades de obtener recursos. Otro indicador, esta vez de prosperidad, es el hecho de que en la última década del siglo se realizaran en el pueblo muchas construcciones importantes: una iglesia nueva y varias mansiones familiares, lo que como bien señala Jacob (1975) constituye un signo inequívoco de encontrarnos ante un momento expansivo en la economía.

Como índice directo, vemos que una parte importante de las contribuciones fijadas para financiar la construcción de la iglesia se hacían en aguardiente, lo que señala un incremento importante de esta actividad, apenas iniciada cuarenta años antes. Por otra parte, todas las casas construidas en esa época tenían, como parte fundamental de sus instalaciones «cup» para el vino y lugar para prensar la uva.

Estos cambios económicos previos permiten aprovechar, por parte de algunas familias locales, la posibilidad de adquirir la propiedad plena de la tierra, brindada por la disolución de la «Orden del Hospital» realizada primero por las Cortes de Cádiz en 1812 y luego por el Concordato de 1851. Las propiedades pasan en esta última fecha a depender de la administración pública (Miret y Sans, 1910: 512) y las familias que habían conseguido cierta capitalización pudieron redimir sus censales. Esto se hace efectivo al producirse la desamortización de bienes eclesiásticos ordenada por Madoz (1855). En la de Mendizábal en Barberà no pasan a manos privadas más bienes del clero que el campo de la parroquia (17,41

Has.) que constituían el 0,15% de las tierras del término (ver al respecto Rovira i Gómez 1979: 63). Esta canalización de las inversiones hacia la adquisición de la tierra, unida a problemas tales como guerra y peste en las primeras décadas del siglo XIX, paralizaron completamente la inversión en viviendas. Mientras tanto, las familias que habían conseguido cierto predominio económico lo afianzaron a lo largo del siglo, constituyendo a final de él un grupo claramente diferenciado del resto de la población.

Los grupos familiares que se habían constituido en nuevos propietarios basaban sus beneficios en cuatro fuentes de ingresos:

- Como intermediarios y administradores encargados de cobrar impuestos y rentas para la Orden de San Juan y como encargados de prestar otros servicios autorizados por la Orden: molineros, herreros o carpinteros.
- Por la elaboración de aguardiente, producto que tenía sobre el vino las ventajas de mejor precio, menor volumen y más fácil conservación. Cualidades estas últimas que lo hacían especialmente apto para el comercio ultramarino.
- Por apropiación de excedentes generados por otros campesinos, subcontratados como «medieros» o como jornaleros.
- Por especulación con los precios, mediante un sistema de préstamos y adelantos (con intereses altos), según los cuales los «pagesos» les cedían sus vendimias a precios muy bajos, mientras que los propietarios ricos esperaban para volcar esa mercadería al ciclo comercial en el momento más oportuno.

Los dos primeros mecanismos estaban en la base de su «acumulación primaria» y les permitieron una capitalización que les permitió comprar sus tierras y disponer de la base suficiente para poner en marcha las otras dos estrategias, que podríamos llamar de «reproducción ampliada». Durante el siglo pasado, casi todas las familias «ricas» tenían «máquinas» (destilerías de aguardiente). Este es el caso de los «Moliner», «Molineret», «Tià», «Miró» y «Guineu». Este tipo de producción estaba íntimamente ligado al comercio colonial, y comienza su declive con las sucesivas pérdidas de territorio, que a lo largo del siglo XIX, van desmembrando el imperio español. Sin embargo se mantuvo la producción de alcohol y aguardiente como renglón principal (aunque declinante) de la economía local, hasta que la fuerte demanda europea de vino, del último tercio del siglo, revirtió la situación.

En los años anteriores a la filoxera, las «máquinas» cerraron una a una, y el vino, elaborado familiarmente, pasó a ser el principal producto de comercialización. Con esto se cierra el primer período de especialización sin mecanización.

La subsunción formal

Es en esta época de especialización para el mercado, cuando las estructuras productivas previas (relaciones de medianería, pagos en mercade-

rias, explotaciones de tipo familiar generando plusvalía para propietarios que no organizaban por sí mismos la fase agrícola de la producción) comienza a funcionar en términos de una lógica capitalista de obtención de ganancias. En estas circunstancias la sociedad barbarena se escindió internamente en dos grupos que se enfrentaron a lo largo del siglo y que, en gran medida, fueron producto de una diferenciación interna, ya que no se detecta más que aisladamente la inclusión de capitales generados en otros ámbitos.

Los propietarios se capitalizaron a través de los mecanismos descritos y no contaron con legitimaciones ideológicas (prestigio, distancia, apoyo de poder externo) que les permitiera hacer aceptar sin discusiones su supremacía. Sus apellidos figuran en las nóminas de las cofradías hasta mediados del siglo XVIII, con recursos semejantes a los de los demás barbarens. Constituían una clase social en ascenso, con ideología liberal (sus bienes han procedido de disputárselos a la Iglesia) que trataba de apoyar su ascensión mediante contactos con la clase política exterior al pueblo, y por la ubicación de miembros del grupo familiar en la administración y en las finanzas. Desde el punto de vista de sus estrategias matrimoniales, practicaban una cerrada endogamia de clase (que los vinculaba con las familias ricas de los pueblos vecinos), defendían sus adquisiciones territoriales con la «herencia indivisa» y dedicaban sus hijos no herederos a profesiones liberales. Su modelo político subrayaba la libre competencia y una ideología laica. En los momentos en que su liderazgo aún no había sido debilitado, el pueblo se decantaba sistemáticamente por los liberales contra los carlistas.

Podemos resumir lo dicho, señalando que lo más interesante del proceso de transición al capitalismo en esta área, es que se desarrolló en ausencia de una clase dominante tradicional. De hecho, la posición política conservadora, característica en el siglo XIX de los grupos terratenientes, fue mantenida en el pueblo únicamente por la Iglesia, lo que hizo que cuando los conflictos se agudizaron, ésta se encontrara enfrentada con todos los sectores representativos de la comunidad, y tuviera verdaderas dificultades para dar continuidad a su labor. El enfrentamiento tomó entonces desde una época temprana una definición en términos de lucha de clase, a los ojos de los mismos actores, sin las habituales veladuras y legitimaciones ideológicas.

La crisis del modelo

Una circunstancia externa a la organización productiva del área: la plaga de la filoxera, llevó a su mayor desarrollo las posibilidades de acumulación sin cambio de estructuras (mientras atacaba a las otras áreas productoras de vino: primero Francia, luego el norte de Catalunya) para finalmente poner en colapso el sistema, cuando llegó en 1983 a la zona de la Conca. Luego de unos años de gran prosperidad, señalada una vez más por gran número de nuevas construcciones, la destrucción total de los viñedos obligó a replantarlos con cepas de alto coste, mientras que el precio del vino bajaba a una cuarta parte de su valoración anterior.

Esta circunstancia, general en toda Catalunya, podía ser aprovechada por los propietarios ricos para extender su dominio a las parcelas que debían ser vendidas por los pequeños productores que no podían afrontar esos gastos. Es en estos momentos que, a partir de las posibilidades que ofrecían las distintas zonas de hacer rentables las inversiones, se dieron los tres tipos de situaciones descritos al principio.

En algunas áreas (tipo «a») se dio en efecto en esos momentos, un avance de la gran propiedad. Pero esta opción implicaba: o el abandono de la producción de vino para reemplazarla por otros cultivos que requerían menos inversión de capital (como se dio en Sant Feliu de Codines donde las «feixes» de las viñas se dedicaron a explotación forestal extensiva) o la inversión complementaria y más fuerte aún en maquinarias e instalaciones para producir vino en gran escala, ya que la centralización de la propiedad traía como consecuencia la centralización de los gastos de producción y transformación.

En las situaciones de tipo «b» las clases «ricas» surgidas del proceso descrito anteriormente no tenían, como ya vimos en el ejemplo de Barberà, una acumulación de capital que permitiera esta múltiple inversión: en tierras, en nuevas cepas, en jornales, en instalaciones y máquinas modernas; sin posibilidades de recuperación en el corto plazo, por la ya mencionada disminución del precio del vino. Además las características del medio, con baja productividad por unidad de terreno hacía que sólo se pudiera prever una recuperación a largo plazo y con márgenes de ganancia pequeños, del capital que se invirtiera. Esto desalentó la captación de capitales generados fuera.

En las áreas en que existieron estos capitales, o que fueron atraídos por la alta productividad de la tierra (situación «c») estos capitales, producidos casi siempre a partir de una fuente de recursos externa a la comunidad (por ejemplo dinero de «Indias», beneficio de la trata de esclavos, dinero procedente de especulaciones urbanas) actuaron en el sentido de reconvertir la economía tradicional en una economía plenamente capitalista. En estos casos los pequeños productores individuales de vino fueron reemplazados por empresas que reestructuraron íntegramente la producción mediante utilización de nuevas cepas, técnicas nuevas de injertos, utilización de fertilizantes y paso de la mano de obra familiar al trabajo por jornal. También se transformó profundamente la elaboración: reemplazo de la fabricación doméstica del vino por la elaboración mecanizada y conjunta de toda la vendimia, adición de conservantes, etc. Es en estas áreas donde se dio la especialización en la fabricación de cavas «methode champenoise», técnica que se incorporó en España en la década de 1890 por iniciativa de una familia de fuertes empresarios, los Raventós, que unían a sus explotaciones vinícolas actividades como navieros y financieros (Izard, 1978: 26-27).

En la situación «b» la solución más razonable parecía la de aunar esfuerzos en la elaboración común, creando cooperativas de producción, que aprovecharan los excedentes de la etapa anterior, evitando canalizarlos en inversiones en tierras. Esta es la solución propuesta por algunos de los integrantes de las clases poseedoras, como era en Barberà el «Molinet» (Esplugas Moncusí), quien había desarrollado un importante negocio

de exportación de vinos y aguardientes. Esta es también la propuesta de Josep M. Rendé y Joan Poblet Teixidó en L'Espluga de Francolí de acuerdo con una estrategia impulsada por el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro (ley de Sindicatos Agrícolas de 1906). Pero la clase «rica» como tal, con poca solidaridad interna y una ideología competitiva intra-grupo, propia de la etapa del «capitalismo salvaje», se mostró muy poco receptiva a esta propuesta que, en cambio, encontró terreno propicio en la ideología comunitaria de los pequeños labradores, quienes por otra parte veían realmente amenazadas sus recientes conquistas económicas. En el caso de Barberà de la Conca, la experiencia de enfrentamientos anteriores, con cierta tradición organizativa, permitió utilizar el apoyo de Esplugas Moncusí y algún otro de los grandes propietarios con ambiciones políticas e ideología progresista y poner en marcha la solución alternativa, la creación de una «Sociedad de trabajadores», antes que los sectores ricos se convencieran de la eficacia del modelo y pusieran en marcha su propio «Sindicato». Este tipo de solución se generalizó luego rápidamente por toda el área, en cualquiera de sus dos concreciones.

Las cooperativas

Resultaron, en situaciones de tipo «b», una forma de mantener la subsunción formal en una fase del trabajo: la producción, mientras que se pasa a la subsunción real en la fase de la elaboración. Veamos cómo funcionaba en Barberà. La «Sociedad de trabajadores» se encargaba de adelantar las nuevas cepas, que siguieron siendo cultivadas sobre la base de la pequeña propiedad individual, trabajada con mano de obra familiar.

También otorgaba abonos a buen precio y permitía eludir (por un sistema de adelantos sin cargos sobre la futura cosecha) la presión de los usureros. Cuando la cooperativa se afianzó, amplió sus servicios: escuela, atención médica, cooperativa de consumo, asesoría legal, seguros de enfermedad y vida para personas y animales de labranza; todos los aspectos resultaban cubiertos, de modo que las pequeñas explotaciones familiares pudieran subsistir sin cambios en su organización interna.

Pero, complementariamente con esta lógica productiva, la etapa de la elaboración se sustrajo completamente a la esfera doméstica y se realizó con técnicas avanzadas, gran empleo de bienes de capital y una óptica puramente comercial en sus operaciones. El ciclo económico se escindió entonces en un segmento familiar y otro cooperativo.

Que esta solución ofrecía una salida económica y no era sólo un proyecto «ideológico» lo demuestra en la práctica la posterior pero inmediata organización de los sectores «ricos» en cooperativas semejantes a la de los «pobres». Pese a las diferencias (que ya hemos señalado) en términos de su funcionamiento, ambas instituciones cumplieron la función de hacer viable la explotación de vino en ausencia de grandes capitales. Permitieron además que se absorbiera en forma de incremento de la autoexplotación familiar, las bajas cíclicas del precio del vino.

De hecho la lucha por el control de las cooperativas, complementada por la lucha por el control de los ayuntamientos, fue el eje de la estrategia de autopropetruación de los grupos familiares. En los casos en que ambas instancias organizativas quedaron en poder de los pequeños propietarios y medieros, estos consiguieron afianzarse y evitar durante decenios la solución emigratoria, mientras que las familias ricas vieron amenazadas las bases de su autorreproducción al no disponer de jornaleros suficientemente manipulables ni de apoyo político (esta solución sólo se dió en Barberà). En los casos en que cooperativas y ayuntamientos quedaron en poder de los terratenientes más fuertes, fueron estos grupos domésticos los que garantizaron las bases de su autorreproducción mientras que se produjo un temprano éxodo de los otros sectores.

De todos modos, y aunque la «Sociedad» en Barberà protegía a todos sus socios (los que para serlo debían entregar vino) aun cuando no fueran propietarios, la emigración de grupos familiares enteros hacia las ciudades implica, en las primeras décadas del siglo, la disminución de la cantidad de habitantes del área en forma importante. Sin embargo, la estrategia demográfica había cambiado y no consistía ya en expulsar miembros sobrantes de cada grupo familiar, manteniendo éstos constantes, sino en disminuir el número de familias. En las primeras décadas de este siglo emigraron primero los jornaleros, luego los medieros y por fin algunas familias de pequeños propietarios. Sus tierras fueron adquiridas por las familias (también de pequeños propietarios) que quedaban, que además procuraron aumentar sus propiedades limitando a uno el número de sus hijos, con lo que conseguían duplicar con cada matrimonio (ahora frecuentemente entre herederos) sus posesiones.

Como consecuencia de estas estrategias, la propiedad, que era de dos hectáreas término medio, a principios de siglo, ha pasado a ser de doce Has. en la década de los sesenta. Pero esta mejora de los pequeños propietarios se ha dado también por adquisición de tierras realizadas a costa del desmembramiento de las familias «ricas». En realidad, en este tipo de zonas de producción media, el trabajo con jornaleros no resulta rentable más que en los momentos de buen precio del vino. Por este motivo los ricos tuvieron que optar por subdividir sus tierras, acudiendo a la herencia igualitaria (ej.: familia «Ginovés») o a venderlas a los medieros (ej.: familia Miró) o a asumir el trabajo personal en sus campos (ej.: familia Calvet). Así, por las dos puntas ha resultado acertada la distancia social, con la consecuencia de una reunificación en la práctica de los grupos antes enfrentados.

Los distintos tipos de cooperativas se correspondieron con distintas ideologías políticas así, como señala Mayayo (1985), la vía reformista de las Cooperativas (las de votos por acciones) se correspondían con proyectos nacionalistas de derechas, mientras que la vía revolucionaria (un hombre, un voto) se reflejó en una ideología socialista, pero esta vía sólo triunfó en Barberà, y a costa de enfrentamientos muy duros con el sector de mayores propietarios (revuelta de las mujeres en 1894, huelga de aparceros durante 13 meses en 1895, conquista del ayuntamiento desde esa fecha en adelante). En el resto de los pueblos de la comarca, el fracaso de la opción cooperativa revolucionaria dejó esta forma de organización

en manos de los propietarios que la utilizaron como un elemento más de control político (ver en Roigé (1986) la relación con el caciquismo) e impulsó a los jornaleros, aparceros y pequeños propietarios, al anarquismo. Así:

«El socialismo se afirma en Barberà como consecuencia del triunfo de la vía revolucionaria al cooperativismo, y el anarcosindicalismo en el resto de la Conca por la razón contraria. En Barberà, los campesinos creían posible el acceso a la propiedad de la tierra apoyándose en su hegemonía social, mientras que los pueblos vecinos optaron por la acción directa como medio para lograr dicho objetivo (Mayayo, p. 155).

La mecanización

Durante este proceso y al amparo del alto precio del vino de después de la guerra, se produjo un nuevo momento de capitalización en la década del 50. En este caso el dinero se utilizó fundamentalmente para comprar tractores, lo que resultaba necesario pues el éxodo rural había disminuido en forma muy importante el número de brazos disponibles y (por la migración preferente de los jóvenes) había aumentado la edad promedio de los agricultores.

La baja siguiente y continuada del precio de los productos agrícolas y la subida lenta pero constante del precio de los productos químicos necesarios para el cultivo, han puesto de nuevo en crisis el modelo y obligado una vez más a buscar la solución en un incremento de la autoexplotación familiar. De este modo y paradójicamente, la «modernización» tecnológica de los cultivos ha revertido en el afianzamiento de las relaciones tradicionales de producción. En efecto, en la actualidad, el precio de venta del vino (aun con la protección que significa comercializarlo por medio de una cooperativa) resulta por debajo de su coste de producción (ver Callis, y para datos más recientes Brunet (1980) y Cechi (1979)). En estas circunstancias, si el campesino calcula el beneficio del capital que tiene invertido en la producción, debe entender que su trabajo lo ha realizado en forma gratuita, y si considera el dinero recibido como pago de su trabajo, debe considerar que su capital no produce renta. Por consiguiente no resulta de interés, desde el punto de vista capitalista, la inversión en estas zonas, por lo que las economías familiares subsisten.

Otro factor, el estado asistencial (en forma de pensiones a la vejez y subsidios por incapacidad) contribuye a estabilizar estas economías, las que reciben también la ayuda de un trabajo femenino subterráneo (de confecciones y bordados) realizado en cada casa para fábricas ubicadas fuera del pueblo. Estas «ayudas» permiten mantener en funcionamiento el sistema sin modificar lo sustancialmente.

Cepas envejecidas y de distintas calidades mezcladas, cultivadas por una mano de obra también envejecida y casi exclusivamente familiar marcan el estado actual de la situación en las áreas de rendimiento medio.

La posibilidad de reconvertir los cultivos con cepas aptas para producir «cava» y la unión de las cooperativas existentes en una coordinadora

común que dispondría de mayor capital para modernizar cultivos y elaboración, parecen constituir la vía que se está insinuando para elevar la rentabilidad de las producciones. En caso de resultar efectivo este camino (ya seguido por las empresas de las zonas de alta producción hace cien años) es posible que implique la transformación de las empresas familiares en empresas agrícolas de tipo capitalista. La lógica del proceso económico habrá culminado entonces en una transformación total de las antiguas relaciones de producción.

Conclusiones

La transición hacia las formas capitalistas de producción implica ajustes en los que las unidades domésticas diversifican sus esfuerzos y multiplican las bases materiales de su existencia. En las áreas que he estudiado esta estrategia se ha dado en las zonas de baja productividad, como Sant Feliu de Codines donde la economía familiar se ha apoyado en trabajo masculino (de autosubsistencia: cultivando los huertos y como arriero para el mercado) y trabajo femenino asalariado en industria textil (ver Juliano 1983) con una derivación posterior hacia la pequeña empresa comercial familiar dedicada a explotar el turismo local.

En amplias zonas, sin embargo, el esfuerzo reorganizativo se ha desplazado del ámbito familiar a la estructura social local, engendrando nuevas formas de organización (cooperativas) que son el resultado de los enfrentamientos de clases y que a su vez condicionan mediante su triunfo o fracaso las estrategias demográficas y las opciones ideológicas durante lapsos prolongados de tiempo.

En este contexto, un elemento nuevo e ideológicamente cuestionador sirve para posibilitar la autorreproducción de los grupos domésticos a base de mantener la herencia indivisa (el incremento de tamaño de las parcelas se hace preferentemente por herencia y capítulos matrimoniales) y el trabajo familiar. Es decir, que la innovación funciona como garantía de mantenimiento de los aspectos tradicionales.

NOTAS

1. En las «Cuentas de la iglesia» de 1792 el párroco se compromete a pagar 1355 libras, a Antón Panadés del Molí 167, Manuel del Guineu 911 y el Pubill del Robira 691, todas ellas en aguardiente.

FUENTES

- Archivo del Ayuntamiento de Barbarà de la Conca.
- Archivo del Ayuntamiento de Sant Feliu de Codines.
- Archivo Parroquial de Barberà de la Conca (1490-1987).
- Archivo Parroquial de Sant Feliu de Codines (1560-1980).
- Archivo de la Corona de Aragón (legajo Ordenes Militares. Gran Priorato de San Juan de Jerusalem. Armario 13, Barberà y otros legajos).
- Censo de población. Años 1797, 1847, 1860 en adelante.

BIBLIOGRAFIA

- BRUNET, BUSOM, ESTEBANELL, et al.
1980 *La agricultura catalana. Estudi econòmic*. Barcelona. Fundació Bofill. Banca Catalana.
- CALLIS y MARQUET
s.d. "Precios de coste de varios productos de una explotación agrícola." Folleto. S.E.
- CAMARAS OFICIALES DE COMERCIO, INDUSTRIA Y NAVEGACION DE CATALUÑA
Varios años *Memoria Económica de Cataluña*.
- CECHI, A. y PEIX, J.
1979 *L' explotació pagesa a Catalunya*. Barcelona. Vicens Vives.
- FOGUET, J.
1979 "El primer celler cooperatiu de Catalunya i de l'Estat espanyol: la Sociedad de Trabajadores Agricolas de Barberà", *L'Avenç*, 19. Barcelona.
- HERR, R.
1974 "El significado de la Desamortización en España". *Moneda y Crédito*, 131: 55-94. Madrid. IZARD, M.
- 1978 *El segle XIX. Burgesos i proletaris*. Barcelona. Dopesa.
- JACOB, J.
1975 *La economía de la ciudades*. Barcelona. Peninsula.
- JULIANO, D.
1983 "Análisis del ciclo de reproducción de la fuerza de trabajo en una área rural catalana de industrialización temprana". *Primer Congreso Mediterráneo de Sociología Rural*. Sicilia.
- MAYAYO i ARTAL, A.
1985 "El naixement del moviment cooperatiu a la Conca de Barberà." *Estudis d'Història Agraria*, 5. Barcelona.
- MIRET i SANS, J.
1910 *Les cases de Templers i Hospitalers a Catalunya*. Barcelona. Casa de la Caritat. MORO, J.M.
- 1983 "La Desamortización de Madoz". *Historia* 16, 84. Madrid.
- ROIGE i VENTURA, X.
1986 "Propietat de la vinya i oposició de classes. El Priorat 1893-1960". Comunicació a les *I Jornades sobre Viticultura a la Conca Mediterrània*. Tarragona.
- ROVIRA i GOMEZ, S.
1979 *La Desamortització dels béns de l'Església a la Província de Tarragona 1835-1845*. Tarragona. Institut d'Estudis Tarraconensis Ramon Berenguer IV, n. 57.